

Por eso tenemos de la España actual un concepto mendicante. No la ignoramos: es peor, la desconocemos. La creemos una nación donde el literato a lo Álvarez Quintero es casi un monumento nacional, y donde tiene significado literario la obra invertida de Vinent y de Joaquín Belda. Donde Carrere triunfa todavía con su orgullo de verbena pobre, y Muñoz Seca melodramatiza su estupidez. Y no hay tal: España se precisa hoy como una afirmación en el fervor espiritual de la inquietud contemporánea.

III

Y los grupos novísimos son de una exaltación agresiva. Algunos de los conspiradores del 98 se miran ya como reliquias venerables. Y se precisan nuevos planos de proyecciones audaces. Hay nombres de amplia y recia contextura: Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Eugenio D'Ors, Díez Canejo; y nombres de agudísimos arrostos: los Gómez de la Serna, Miró, Antonio Espina, Assens... Resultado de este dinamismo es *La Revista de Occidente*, fundada en Madrid por Ortega y Gasset. No es una publicación revolucionaria: es un índice de evolución. Hecha a base de un diletantismo de la más ponderada aristocracia: porque la tragedia mundial acabará por el triunfo de una minoría de hombres selectos y serenos. *La Revista de Occidente*—y el nombre tiene una irresistible petulancia— quiere recoger, coordinar y lanzar otra vez la vida ideológica del mundo occidental. No trae arrestos de barricada roja aromados siempre de miseria y estupidez; es una obra normaliana de hombres ponderados y audaces, que quieren destruir mundos menores para luego entretenerse en volverlos a hacer.

Y así en sus primeras entregas coinciden las aristas más divergentes, dándole un capitoso deleite para los que gustamos de todas las ideas vírgenes como de todas las mujeres bellas. Baroja, quebrado y áspero, dice en una de sus páginas maestras la vida airada de Marsella, la griega; Ortega y Gasset alaba sabiamente la espléndida armonía de Ana de Noailles; un filósofo alemán, Jorge Simmel, divaga sobre la filosofía de la moda; Juan Ramón Jiménez—el dulce Juan Ramón de los jardines románticos—se nos presenta bajo un nuevo aspecto: prieto, henchido de adustos pensares; Gómez de la Serna hace una pirueta rusa y Antonio Espina azota cruelmente, con elegancia perversa, las espaldas gloriosas del abuelo Galdós. Y todo esto bajo una riquísima presentación exterior: en papel suave y blan-

do donde las letras retorcidas adquieren un profundo encanto sensual. Una revista de selección que honra—ella sí— a España y al momento español: tal *La Revista de Occidente*.

IV

Y así la Península caduca inicia ya su emancipación, y la inicia concretándola en cifras de tan alto valor como esta nueva Revista. Y también comienzan desenfadadamente su inquietud nuestras hermanas de América, y la resumen en publicaciones de exaltada tensión.

En cambio nosotros, disfrazados de atenienses, no señalamos todavía un límite en nuestra evolución de ideas; ni tenemos siquiera un papel fugaz que reúna las condiciones de orientación y desarrollo intelectual reclamado con dureza apremiante por el vértigo actual. Nuestros balbuceantes ensayos de revistas literarias han vivido horas ligeras; y—para vergüenza de nuestros áticos blasones—somos hoy los únicos, entre los pueblos de origen ibero, incapaces de exhibir una publicación donde se recojan las voces dispersas que asombran al mundo.

Nuestra sordomudez intelectual se agrava: somos un pueblo algodónado; y ante el huracán espiritual que hace tambalear la esfera loca sabemos un indolente alzar de hombros: «¿Qué le importa todo esto a Sirio?» Y, en verdad, ¿qué le importa?

JOSÉ UMAÑA BERNAL

(*El Gráfico*, Bogotá).

Eduquemos a la opinión pública

...Entre un político inglés, que pronuncia cien discursos al cabo del año, y uno nuestro, que recibe a diario cincuenta visitas de otros tantos solicitantes de favores y todavía la de contestar un centenar de cartas impetradoras de mercedes, no estamos seguros de que los nuestros trabajen menos que los británicos. Hasta es posible que trabajen más y que su trabajo sea más penoso. Pero la diferencia de labor es evidente. La de los ingleses consiste principalmente en educar a la opinión pública acerca de los problemas políticos del día. La de los nuestros, en cambio, es una tarea de favoritismo, que sería preferible se quedase sin hacer, porque ha de recordarse que, por lo común, no se acercan a los hombres públicos más gentes que las que van a pedirles una ilegalidad o una injusticia. Los nuestros son, si se quiere, más administradores que los ingleses, en cuanto que sus principales

cometidos consistían en emplear a sus recomendados, en ascender a los amigos, en facilitar ciertas contrataciones, en acelerar el despacho de ciertos expedientes, etcétera. Pero el antiguo lema de: «Menos política, más administración», no debe ser tampoco interpretado en el sentido de administrar en beneficio de amigos y electores, y en perjuicio de todos los demás.

RAMIRO DE MAEZTU

(*El Sol*, Madrid.)

Asteriscos

...Habiendo estudiado especialmente el asunto, afirmo hoy como lo hice algunos años ha en mi libro *Didáctica*: las escuelas normales mixtas son, precisamente, las que jamás han ofrecido un solo caso de inmoralidad; y en cuanto a las de mujeres, no conozco ninguno satisfactoriamente comprobable. Pero, aunque hubiera tal cual incidente esporádico: ¿habríamos de generalizar, por ello, la mancha sobre toda una profesión que, para mejor, es casi la única abierta a la actividad de la mujer, sin explotación ni sospechas, y no resultaría ello tan inicuo como pretender que todas las monjas, por ejemplo, son al estilo de aquella casquivana Lucrecia, querida de fray Filippo Lippi para mayor perfección?

...Vincular la sociedad con la escuela es una importante obra democrática, que los institutos normales han conseguido precisamente en las provincias.

...Pero el grande elemento de defensa nacional será la escuela argentina dirigida por maestros argentinos, y mejor aún, criollos como aquellos excelentes diputados y como la mayoría de los normalistas del interior. El sentimiento nacional y la cultura, que es, ante todo, delicadeza de alma y conciencia de la propia dignidad, vendrán, así, como sucede en los organismos bien constituidos, de adentro para afuera.

LEOPOLDO LUGONES.

(*La Nación*, Buenos Aires).

Hacemos nuestra esta saludable advertencia de nuestro ilustrado colega «España», de Madrid:

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.